

TRIBUNA HISTÓRICA El 29 de mayo de 1871, hace ahora 150 años, una extraordinaria tormenta provocó la crecida del río Queiles y la inundación de campos y el derrumbe de hasta 200 edificios en Tudela. El autor recupera en esta tribuna algunos de los testimonios de la época

La riada que devastó el Valle del Queiles

Esteban Orta Rubio



Al pasar por la calle Yanguas y Miranda de Tudela puede verse una placa adosada en una de las casas que indica el nivel alcanzado por las aguas del Queiles en la inundación del 29 de mayo de 1871, hace ahora 150 años.

¿Qué sucedió aquel día? Cuentan que amaneció nublado y a mediodía la lluvia caía mansamente sobre la ciudad; pero hacia las dos de la tarde el cielo ennegreció amenazador por el oeste, y truenos y relámpagos acompañaron un intenso aguacero.

El historiador tudelano Mariano Sainz, testigo presencial de los hechos, lo recordaba en su libro *Apuntes tudelanos*: “A las dos de la tarde, fuertes truenos y violentos relámpagos acompañaron a un tremendo pero breve aguacero y, aún no atenuados del todo sus efectos, otra segunda tempestad (...) vino a arrojar inmenso caudal de agua con alguna piedra desde las tres menos cuarto a las tres y media (...) Eran aproximadamente las cuatro de la tarde cuando el vecindario entró en su vida normal”.

Refiere también que infinidad de curiosos acudieron a orillas del Queiles para observar la crecida y velocidad de las aguas. Pero, de pronto, un ruido sordo, procedente del camino viejo de Murchante, llenó de espanto los corazones. Una ola enorme anegaba los campos de Cardete y La Albea, y avanzaba incontenible hacia Tudela.

“No les cupo duda del peligro que los amenazaba y despavoridos y dando grandes voces de... ¡Fuera de las casas! ¡Tudela se inunda!, entraron corriendo por la calle de Dominicas (...) ¡Santo Dios! ¡Qué horror! En breves minutos las aguas habían dividido la población anegando sus calles, deshecho sus puentes y convertido aquel, en su principio curioso espectáculo, en hecatombe colosal y siniestra. A la par que el pueblo se dividieron también las familias quedando deseminados sus individuos a uno y otro lado de las aguas lo que aumentaba la angustia por la incertidumbre de su suerte (...) Los ayes, los lamentos y sollozos, la desesperación brotaba de todas partes confundida con los ecos de las campanas parroquiales tocando a rebato. (...) La noche cubrió con velo denso los desastres de la tarde. Durante ella reinó un silencio sepulcral interrumpido a intervalos por el estrepitoso ruido de las casas que se derrumbaban y el murmullo de las aguas que iban decreciendo con lentitud.”

A la mañana siguiente el espectáculo encojía el corazón. Como ocurriera en aquella otra trágica inundación de 1709, los troncos y maleza que arrastraba el río cegaron el arco de la plaza Nueva y el torrente buscó salida por las calles del Casco Viejo. Casi 8 metros alcanzó el nivel del agua en Arbolones, y el Muro desapareció por completo, convertido en cauce del río. 200 edificios se hundieron o resultaron afectados y, en el Ebro, los materiales arrastrados formaron una presa que casi llegaba a la orilla izquierda. Las pérdidas resultaron enormes, y fueron valoradas en 6 millones de reales. Para situar esta cifra en toda magnitud, reparemos que un jornalero del campo ganaba 6 reales con jornadas de sol a sol.

El ‘tsunami’ que asoló el valle

Si esto ocurría en Tudela, ¿qué pasaba aguas arriba? La gigantesca ola, ampliada



Aspecto en el que quedó la céntrica calle Muro de Tudela tras el paso de la riada del Queiles.

ARCHIVO



Arriba, placa que recuerda el nivel al que llegó el año en la calle Yanguas y Miranda de Tudela.

con las tormentas del Moncayo y de más de un kilómetro de anchura, arrasó la llanura fluvial. En Murchante abarcó desde el pueblo hasta la actual carretera Tudela-Tarazona. Y de Cascante tenemos noticias de primera mano en las cartas que recoge el historiador J.I. Fernández Marco en *Cascantum. 100 páginas históricas*. Son las que el abogado José María López Tejerina, padre de Santa Vicenta María, escribió a su hija residente en Madrid: “Ayer (29 de mayo) te escribí a las 12,45, diciéndote llovía. El agua hasta las 2 de la tarde se aumentaba. A las 2,15 un fuerte granizo nos sorprendió en términos que pensábamos no dejaba un cristal (...) A seguida las cataratas del cielo se abrieron y una manga de agua cayó sobre nuestras casas y campos, que si prosigue dos horas se hunde la población (...) Afortunadamente a las cinco no llovía, más era tan grande el pánico que nadie sabía lo que hacía (...) El ruido del agua y el trueno continuado presentaban un cuadro aterrador (...) No bien había cesado la lluvia cuando (vino) el gran aguacero (que) ocupaba más de un kilómetro (...) La lluvia, piedra y la creciente de los ríos han destruido los cereales y las hilarzas o esparto. Las viñas han padecido mucho.”

Días más tarde, en carta del 2 de junio, precisaba los desastres y la miseria generada: “Hoy he estado en la huerta por primera vez (...) causa compasión y admira ver los desperfectos y estragos que nos ha hecho el Queiles (...) Los pobres crecen a centenares y habrá que socorrerlos.”

Lo mismo ocurrió en el término municipal de Murchante, asolando huertos, viñas y olivares. En las actas del Ayuntamiento leemos que la corporación municipal recorrió los campos y, abrumada por la catástrofe, evaluó las pérdidas en 400.000 reales.

Las víctimas mortales del desastre

Desgraciadamente, además de los destruidos, también hubo víctimas mortales. En Tudela, 4 niños de la familia Ruiz Jiménez, atrapados en su casa, perecieron ahogados, lo mismo que una mujer viuda, de 67 años.

Sin embargo, entre el horror, surgió también la solidaridad. Destacó la pronta intervención de la Guardia Civil que sacó sobre sus caballos a muchos enfermos atrapados en las casas. Y lo mismo hicieron los soldados del Regimiento de Caballería de Pavía y el de Infantería de la Princesa, guiados por sus oficiales. También los pescadores del

Ebro sacaron los pontones; e, incluso, pudo verse al sacerdote D. Juan Sodornil, párroco de San Jorge - que luego llegaría a deán de la catedral - dirigir una barca por las calles inundadas, buscando feligreses en apuros.

La misma prensa nacional publicó crónicas del desastre. He aquí un informe anónimo enviado a La Correspondencia de España, escrito al anochecer del mismo día 29 de mayo, todavía con el espanto en el cuerpo: “Durante toda la mañana vinieron formándose sobre esta ciudad multitud de tormentas que ya a las 2 de la tarde descargaron su furia de un modo espantoso, inundando la población y la campiña como jamás se ha visto (...) Desde Tarazona era un mar lo que venía y con tal impetuosidad que ha arrasado por completo sembrados, huertas y arboledas, corrales y demás, desbordándose por la mayor parte de la población y llevándose cuanto encontraba por delante”.

La riada extendió el luto y, sobre todo, la miseria por todo el Valle del Queiles y sus consecuencias pervivieron muchos años. Es probable que la bajada poblacional de Tudela en las décadas finales de siglo, cuando perdió un 14% de habitantes, tenga que ver - además de causas más profundas - con el paro generado entre los jornaleros que tuvieron que emigrar a tierras lejanas.

Todavía en 1890, *El Anunciador Ibérico*, periódico de Tudela, escribía: “Muchas son las calamidades que desde aquella época hemos sufrido; pero la inundación del 71 vino acompañada de circunstancias tan tristes que nos produjo más impresión que ninguna. (...) Es verdad que las desgracias personales fueron pocas, dado lo imponente de la avenida; pero en cambio las pérdidas materiales inmensas, ocasionaron la ruina de muchas familias y el quebranto de los intereses de otras”.

Conozco 2 folletos que recogen la inundación en lo que se refiere a Tudela. Uno se titula ‘Breve reseña de la inundación de Tudela por el río Queiles. Tudela 1871’, escrito por Domingo Miranda, maestro de Instrucción Primaria. El otro, ‘Río Queiles. Rápida ojeada sobre la inundación acaecida el día 29 de mayo de 1871’, es del ingeniero tudelano Luis Zapata y va dedicado al Ayuntamiento.

Esteban Orta Rubio es historiador.